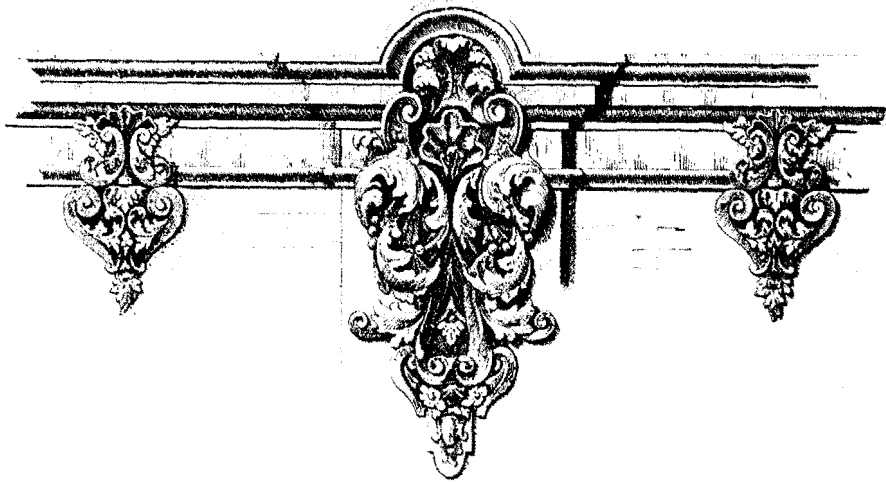




RESTOS  
DE LA  
CULTURA TEPANECA  
POR MANUEL GAMIO.





Importancia histórica de la familia tepaneca.—Estudio comparativo de algunos monumentos y otros vestigios existentes en el territorio que ocupó esta tribu nahoatlaca.—Algunas aclaraciones relativas á la retirada de Hernán Cortés por terrenos pertenecientes al antiguo Reino Tepaneca.

### *Generalidades.*

Los postreros vestigios de la civilización tolteca se extendían débilmente á través de las altas mesas mexicanas y descendían, salvando pronunciados contra fuertes, hasta alumbrar con sus destellos las ignotas comarcas del S.

Por aquel entonces aparecen en el Anáhuac las belicosas turbas chichimecas que acaudillara *Xólotl*, el príncipe-guerrero cuya filosa macana hizo escalar al bronco otomí los agrios riscos de donde ya otra vez, siglos atrás, observara la invasión, la carrera esplendorosa y la fatal decrepitud del sabio pueblo tolteca.

Comentábase á grandes pasos el bienestar del poderoso reino, y sus guerreros implantaban por doquier la soberanía del gran *Xólotl*, cuando un suceso que la historia aun no ha depurado, trocó en invadido al invasor de ayer: cuatro nobilísimos caballeros, procedentes de regiones vecinas á Amaquemecan, hogar primitivo del chichimeca, solicitaron de *Xólotl* la concesión de bosques y tierras

para las numerosas familias que los seguían, las cuales, según doctos historiadores, eran las primeras tribus naohatlacas.

El contacto de esos emigrantes con los súbditos de *Xólotl* originó la división de este pueblo en dos ramas: aculhuas y chichimecas; la primera, posteriormente llamada texcucana, fué el portavoz de la cultura en el Anáhuac hasta la invasión hispánica, en tanto que la segunda, refractaria á la civilización de la época, conservó el nombre primitivo, así como sus hábitos de pueblo errático y silvestre.

Del florido tronco aculhua se desprendió, como vigorosa rama, la monarquía tepaneca.

El pueblo así denominado, resistente y viril, dotado de gran mentalidad y de asombrosa adaptación al medio, recibió del progresista aculhua sabias enseñanzas que en poco tiempo lo elevaron á la categoría de potencia rival de aquélla, tanto por la respetabilidad de sus instituciones militares, como por el inusitado incremento que alcanzaron en él la Industria, la Agricultura, el Comercio y otras ramas ó factores del progreso humano. Atzacapotzalco, capital del reino, superó en ocasiones la grandeza é importancia de los afamados centros aculhuas, Tenayuca y Texcoco.

La aparición de las últimas tribus emigrantes en la fértil región lacustre, fomentó, en cierta manera, viejas disenciones entre tepanecas y aculhuas, las que terminaron con el triunfo de aquéllos, ayudados por los aguerridos hijos de Aztlan. Fué entonces cuando el poderío del imperio tepaneca se extendió rápidamente, siendo considerado su monarca como el Sumo Señor, ante quien rendían homenaje los reyezuelos de casi todo el país de Anáhuac.

Desgraciadamente la serie de tecutlis que comprendió la monarquía, nos muestra sapientísimos varones, cuyas altas virtudes engrandecieron á la Nación, junto con tiranos ignorantes de la ciencia de gobernar, que arrojaron por tierra el patrio vestigio y provocaron, por sus desmanes y exajerado rigorismo hacia los pueblos tributarios, el odio unánime de los Señores, en particular de los de Tenoxtitlan y Aculhuacan, quienes, unidos, acabaron con el poder tepaneca.

Sin embargo, conociendo los vencedores las raras dotes de este infortunado pueblo, le permitieron figurar siempre en los sucesos que tuvieron por teatro el Anáhuac en tiempos posteriores. Efectivamente, mexicanos, aculhuas y tepanecas rigieron sin cesar los destinos del hermoso país de los lagos, hasta que, al golpe de las tizonas castellanas, rodaron maltrechos y enrojecidos los áureos copillis de sus reyes.

Precisaba esbozar á grandes rasgos el importante papel que en nuestra historia antigua desempeñó la nación tepaneca, para en seguida considerar los medios con que debemos auxiliarnos para procurar esclarecer su importante pasado.

Los monumentos, así pictográficos como arquitectónico-escultóricos, que fueron obra de aculhuas y mexicanos, y escaparon al furor del fanatismo, son relativamente numerosos é importantes, pues del cuidadoso estudio que de ellos y de las relaciones inmediatamente posteriores á la Conquista han hecho eminentes hombres de ciencia, ha surgido, más ó menos luminoso, el interesante pasado de aquellas familias, que, con la tepaneca, constituyeron la agrupación más digna de estudio en la civilización pos-tolteca del N.

Por lo contrario, muy difícil ha sido el esclarecimiento de la historia tepaneca, tanto por la escasez casi absoluta de monumentos tepanecas, como por la de datos, que la historia y la leyenda suministran profusamente, refiriéndose á aztecas y aculhuas.

Boturini, según uno de sus comentadores, dice á este respecto: «debo decir que sin embargo de haber sido este reino tepaneca ó de Atzacapotzalco, una de las famosas y pujantes monarquías que hubo en esta tierra, especialmente en los reinados del Imperio Texcocano, no he podido hallar entre tanto cúmulo de documentos que he reconocido, una historia formal de ella como se hallan de las de los tolteca, chichimeca, mexicanos y otros, y sólo se encuentra tal cual relación, mal ordenada y llena de despropósitos.»

Confirmando el aserto del sabio italiano, pudiéramos citar numerosos conceptos que sobre el mismo asunto y en el mismo sentido han estampado las plumas de respetabilísimos historiógrafos mexicanos y extranjeros.

Seducido por la importancia histórica de aquella secular nación pre-hispánica, y conociendo el limitado campo que en ese particular ofrecen los manantiales meramente históricos, decidí emprender su estudio, dándole principio por la investigación de los vestigios que aun pudieran existir en el antiguo suelo tepaneca (Atzacapotzalco, Tacuba, Popotla, San Bernabé, etc., etc.).

Creo haber sido afortunado en esa tarea, según se verá, por la importancia del material arqueológico allí encontrado, el cual paso á describir, dividiéndolo en dos grupos:

I.—Una serie de montículos de factura netamente pre-cortesiana, de los cuales sólo puedo estudiar, por la premura de tiempo, los que existen entre las poblaciones de Tacuba y San Bartolo Naucalpan, lugar á que está muy próximo el Santuario de los Remedios.

II.—Un lecho arenoso que ocupa varios kilómetros cuadrados de extensión, se encuentra á una profundidad media de dos metros, y contiene mezclados, con la grava y las arenas, objetos de cerámica, mascarillas de deidades, restos humanos, hachas, flechas, etc., etc., en gran profusión.

Aunque no exploré en sus detalles el interior de los monumentos mencionados en el primer grupo, puedo decir que presentan gran interés arqueológico por ser los únicos que, en relativo buen estado, se conservan de aquella civilización y están más cercanos á esta capital.

Considerados desde el punto de vista histórico, les reconozco una importante misión, pues vienen á descorrer el velo que ocultaba hasta hoy el importantísimo pasaje de la Historia de la Conquista, relativo á la retirada de Cortés de la ciudad de Tacuba hacia el lugar en que posteriormente fué construído el Santuario de los Remedios. Cortés, en efecto, refiere en su carta II, que durante su retirada hacia el último de esos lugares, encontró dos cerros coronados por teocallis, en los cuales se fortificó temporalmente; los que han hecho historia de la Conquista, citan como único lugar en el que Cortés se fortificó, antes de salir para Cuautitlan y Zumpango, el *cerro natural* de Totoltepec, llamado por otros de Moctezuma, <sup>1</sup> y no mencionan el primero de los montecillos, que fué un precioso auxilio para los fugitivos españoles. En mi humilde opinión, los montecillos que colocho en el primer grupo antes mencionado, son los eslabones que habrán de reconstruir aquella interesante parte del itinerario de Cortés.

La interesante y extendida sabana de vestigios mencionada en segundo lugar, podrá esclarecer cuestiones de innegable trascendencia. ¿La capital tepaneca fué tan grande que en su perímetro quedaron comprendidas las poblaciones de Atzacapotzalco, Tacuba, Popotla y pueblos adyacentes, según parece por la continuada capa de vestigios allí existentes? ¿Esta población, de importancia igual ó mayor que la de México, pudo ser olvidada en la tradición histórica?

Fuera menester erudición muy vasta y largo tiempo para resolver satisfactoriamente tan difícil cuestión. Así, indicadas las causas que me movieron á abordar este estudio, paso á exponerlo,

<sup>1</sup> La colina donde existe actualmente el Santuario de los Remedios se llama, como en la época pre-cortesiana, «cerro de Otoncapolco.» En ocasiones se le ha llamado equivocadamente «cerro de Moctezuma» y «cerro de Totoltepec,» nombres que corresponden á otras eminencias que están situadas al NO. de Otoncapolco, á dos ó tres kilómetros.

esperando que sean perdonadas sus muchas deficiencias, en gracia de lo árduo que es el problema y en consideración á ser ésta una introducción solamente de los estudios que sobre el particular pueda yo emprender en lo sucesivo.

*Los montículos de Sanctórum y el Conde.*

Recorriendo los hermosos campos que fueron asiento del pueblo tepaneca, aparecen, sabias y justas, las causas que le hicieron fundar allí su hogar y erigir altares imperecederos en loor de sus místicas divinidades.

Pueblo relativamente civilizado, guardaba celosamente las enseñanzas que como piadoso recuerdo le transmitiera la misteriosa cultura del Norte y Noroeste. No muy industrioso y esencialmente agrícola, á su llegada al Anáhuac eligió para su cultivo los planos más fértiles é irrigados: Atzacapotzalco, Tacuba, Popotla y sus alrededores, llenaban dichas condiciones, pues extendían sus terrenos como una inmensa sabana de insignificante declive, constituida por tierra vegetal, donde las semillas germinaban exuberantes y abundosas, y que era irrigada por los desagües de varios arroyos.

En la extensa planicie sorprende á cada paso la existencia de montecillos cubiertos por cactáceas y matorrales de grama, que á primera vista semejan colinas de formación plutónica. Sin embargo, una observación superficial hace ver en seguida que son eminencias artificiales, tanto por su estructura, como por la naturaleza geológica del terreno que los sustenta.

De entre ese grupo de montículos, solamente me referiré en esta parte de mi estudio á dos, llamados Cerro de Sanctórum y Cerro del Conde, por no haber sido aún descritos ni explotados y por requerir bastante tiempo el ocuparse de los restantes, bien conocidos los unos y poco mencionados los otros.

La primera de estas eminencias, cuya orientación difiere poco del meridiano, está situada entre el pueblecillo de Sanctórum y el Panteón Español, á 500 ó 600 metros al SO. de este último y á la izquierda del camino de Tacuba á San Bartolo, y presenta las siguientes medidas (aproximadamente, pues el arado escaló parte de las vertientes, dificultándose localizar el arranque de aquéllas): de S. á N., 47.<sup>m</sup>; de P. á O., 32.<sup>m</sup> Altura máxima, 5.<sup>m</sup> La vertiente norte queda cortada por el terraplén del Ferrocarril de Circunvalación.

El tajo que produjo tal corte muestra la estructura interior de

adobe ó «xámill» colocado en hiladas que alternan en algunos lugares con capas de conglomerado hecho de tierra y guijarros. El conjunto se levanta sobre una lámina de cemento ó mortero, cuyo espesor es de tres centímetros y luce un fino pulimento en la cara superior.

La parte que ve al O. ostenta con más claridad aún la estructura por hiladas, pues debe haber sido socavada posteriormente.

Hacia el S. aparece, en la parte superior de la vertiente respectiva, una oquedad que señala la planta de un compartimiento, donde aun se distingue el quicio de una puerta. A primera vista semeja ser esa habitación de factura pos-hispánica.

El costado poniente se mantiene intacto, pues sólo superficialmente ha sido arañado por la reja del labrador. Por este flanco, aun no profanado, pudiera explorarse metódicamente el monumento.

En la cúspide y hacia este mismo rumbo, existen dos, que tal vez fueron barbacanas ó defensas en tiempos no muy lejanos.

La reseñada estructura de este monumento presenta gran semejanza con la del de Cholula, aunque en forma y dimensiones difieren mucho.

El Cerro del Conde dista cerca de un kilómetro de la población de San Bartolo Naucalpan, hacia el S. de ella, y muy cercano del Molino Blanco, á su parte S. O.

Sus dimensiones son: de N. á S., 95.<sup>m</sup>; de E. á O., 60.<sup>m</sup> Altura de la meseta superior, 19.<sup>m</sup> Extensión de la meseta, 1,500 á 2,000.<sup>m.c</sup>

A diferencia del monumento de Sanctórum, el del Conde se encuentra en perfecto estado de conservación.

Su estructura es idéntica á la de aquél, cuando menos en las partes que aparecen al descubierto, como es en la vertiente S., que presenta las características hiladas de «xámill» y la del N.E. donde asoma el conglomerado que ya mencioné.<sup>1</sup>

*Objetos encontrados en los lugares donde floreció en un tiempo  
la monarquía tepaneca.*

Si, como ya quedó expuesto, muy contados y oscuros datos se conocen de aquel histórico pueblo, cabe advertir que las investigaciones encaminadas hasta hoy á hacer su historia, se limitaron de

<sup>1</sup> Posteriormente ha sido excavado en la meseta superior un pozo que permite ver claramente el corte de una plataforma de cemento calizo pulimentado.





1322

MONTICULO PRE-HISPANICO DE SANCTORUM, EN LAS INMEDIACIONES DE TACUBA, D. F.





preferencia á la consulta de escasas noticias existentes en bibliotecas y archivos y que bien pocas son las exploraciones que, con el fin de ampliar estos informes documentarios, se han emprendido en las que fueron pertenencias de aquel Imperio.

Aunque el dominio tepaneca fué en ocasiones de gran extensión, como á razz del sojuzgamiento de la nación aculhua y durante la servidumbre de los mexica, este estudio sólo se refiere al territorio comprendido en lo que con propiedad debiera llamarse imperio neo tepaneca, que empieza durante el período de liberación del reino aculhua, decae con la toma de Atzacpotzalco por las fuerzas aculhua-mexicanas y tiene su resurgimiento al constituirse la alianza tepaneco-azteco-aculhua, pasando los reales privilegios de aquella capital á la nobilísima corte de Tlacopan, Tacuba, cuyo regio «*icpalli*» ocupó el monarca elegido por el vencedor.

Al NO. de la villa de Tacuba se extienden las feraces cimiteras de la hacienda de Clavería, cortadas en varios puntos de su superficie por extensos zanjones que han sido abiertos para explotar un lecho arenoso allí existente. Esta sábana, constituida por silicatos, se encuentra á profundidades variables entre uno y tres metros, y limita la capa superior de tierra vegetal con las inferiores de naturaleza arcillosa. Sobre éstas, y confundiéndose con el lecho de siliza, aparecen, en gran profusión, diversos vestigios de una cultura pasada. Acompaño á este estudio tres fotografías de algunos de los ejemplares que encontré en estas excavaciones y en otras pequeñas que hice.

Deseoso de conocer la extensión del terreno que ocultaba tales restos, efectué numerosos sondeos, que sacaron á luz idénticos vestigios, en los siguientes lugares: Atzacpotzalco, Tacuba, Popotla, San Joaquín, San Juanico, Sanctórum, San Miguel, Los Reyes, San Bernabé, Camarones, San Martín, Santa Apolonia, etc., etc.; así como en los terrenos de la hacienda de San Isidro, San Antonio y otros lugares.

Donde la profusión de ellos se hace verdaderamente notable, es en los mencionados terrenos de Clavería, que están situados en el triángulo que forman las poblaciones de Atzacpotzalco, Tacuba y Popotla.

Transcribo aquí las cuestiones expuestas con anterioridad:

¿Tacuba, Atzacpotzalco y Popotla forman parte de un único y extenso poblado cuya importancia fué olvidada posteriormente, como todo lo que se refiere á la familia tepaneca? ¿En qué época tuvo lugar ese florecimiento?

¿Cuáles son los verdaderos límites que alcanzaron las aguas en esos lugares?

Muy sumariamente voy á considerar estas cuestiones, dado el corto tiempo empleado en su estudio, así como la limitada extensión de este trabajo; en la inteligencia de que tan íntima debe ser la unión entre ellas, que, refiriéndose á una, es forzoso incluir á las dos restantes.

Comenzaré por describir los ejemplares hallados en los sitios que originan la discusión, dividiéndolos en varios grupos.

GRUPO N.º 1.—20 cabecitas ó mascarillas humanas. Interpretación probable, según sus atributos:

1.—*Xiuteculli-tlell* (Dios del fuego). *Teotleculli* en el pecho y volutas de humo en el tocado. 2.—*Tláloc* (Dios del agua). Anteojeras (Seler). 3.—*Toci* (Abuela de los hombres). Tocado y ornato facial. 4.—Diosa agrícola. Tocado de *txcattl* ó algodón. 5.—*Chalchiutlicue* (Diosa del agua). 6.—Cabeza de diosa. 7 á 19.—Representaciones de dioses penates y de ofrendas étnicas que se depositaban en los túmulos. 20.—Representación rudimentaria del rostro humano, semejante á las que existen de Casas Grandes y de los *cliffs* del SO. americano.

GRUPO N.º 2.—12 malacates labrados, uno de los cuales representa un corte del joyel de *Ehécatl*.

GRUPO N.º 3.—Armas: 2 hachas de piedra y 2 flechas de obsidiana. Nótese claramente los procesos de percusión y pulimento en la factura de las dos primeras.

GRUPO N.º 4.—Instrumentos de música: 4 embocaduras de chirrimías ó flautas y una de trompeta.

GRUPO N.º 5.—Motivos de ornato en relieve y pintados: 20 piezas. Distínguense: 1 trozo de cemento ó mortero desprendido en el montículo de Sanctórum (Tacuba), un fragmento de «*cuéytl*,» ó enagua de típica ornamentación, y un trozo de penacho, además de algunas grecas en los restos de alfarería y una curiosa representación del «*huitzli*» ó púa del sacrificio.

GRUPO N.º 6.—Partes del cuerpo: 10 piezas que comprenden bustos, piernas, etc., etc., siendo las principales un pie y un busto, en cuya parte posterior aparece el apéndice que, según Orozco y Berra, servía para fijar tales objetos en las cavidades de los muertos.

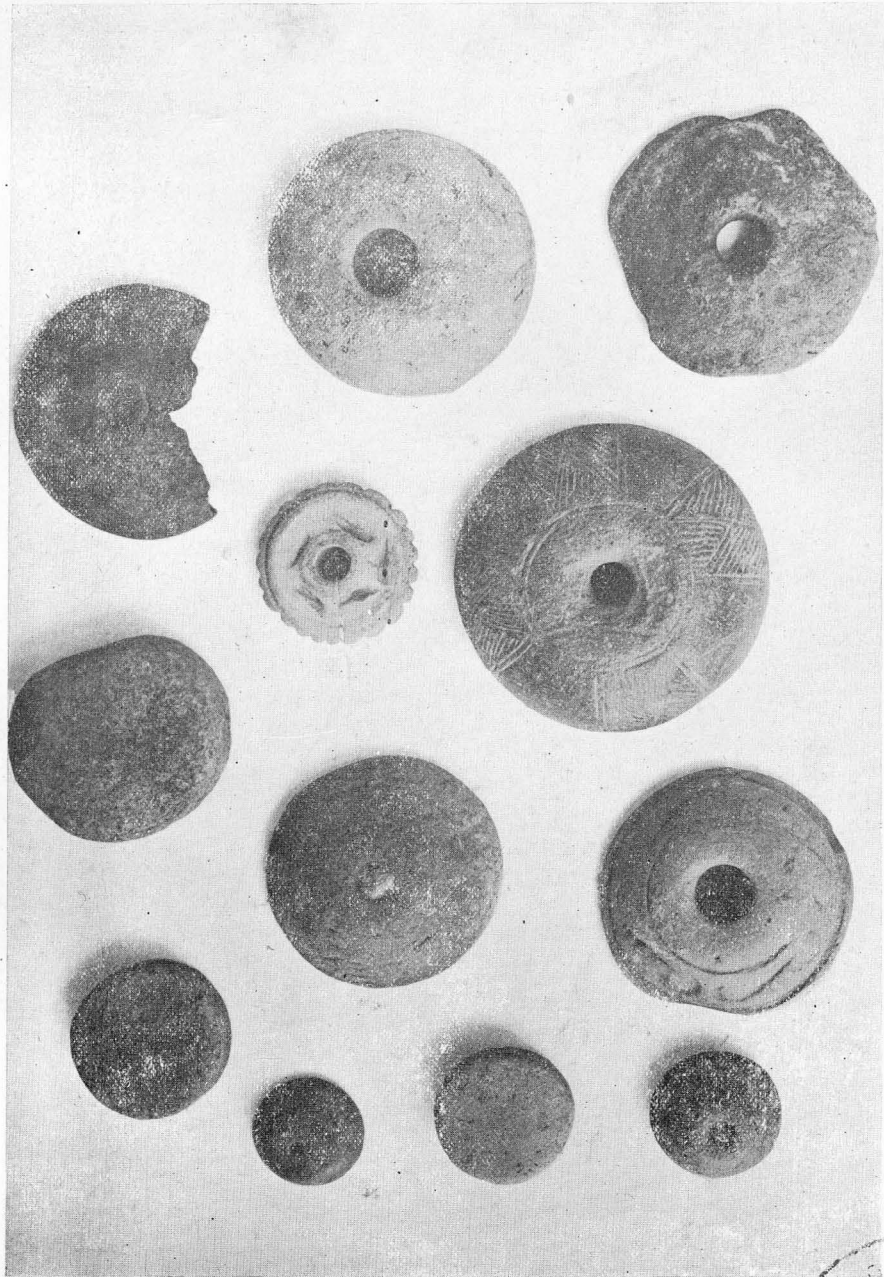
GRUPO N.º 7.—Cascabel de cobre, hueso de *coyol* labrado, con ducto de pipa y pequeña ánfora de barro. Los dos primeros ejemplares son de importancia, pues el primero dará alguna luz á la historia de la metalurgia indígena y el segundo remonta á tiempos pre-hispánicos el arte de labrar huesos de frutos.



MASCARILLAS DE BARRO ENCONTRADAS EN CLAVERIA, TACUBA, D. F.

1149

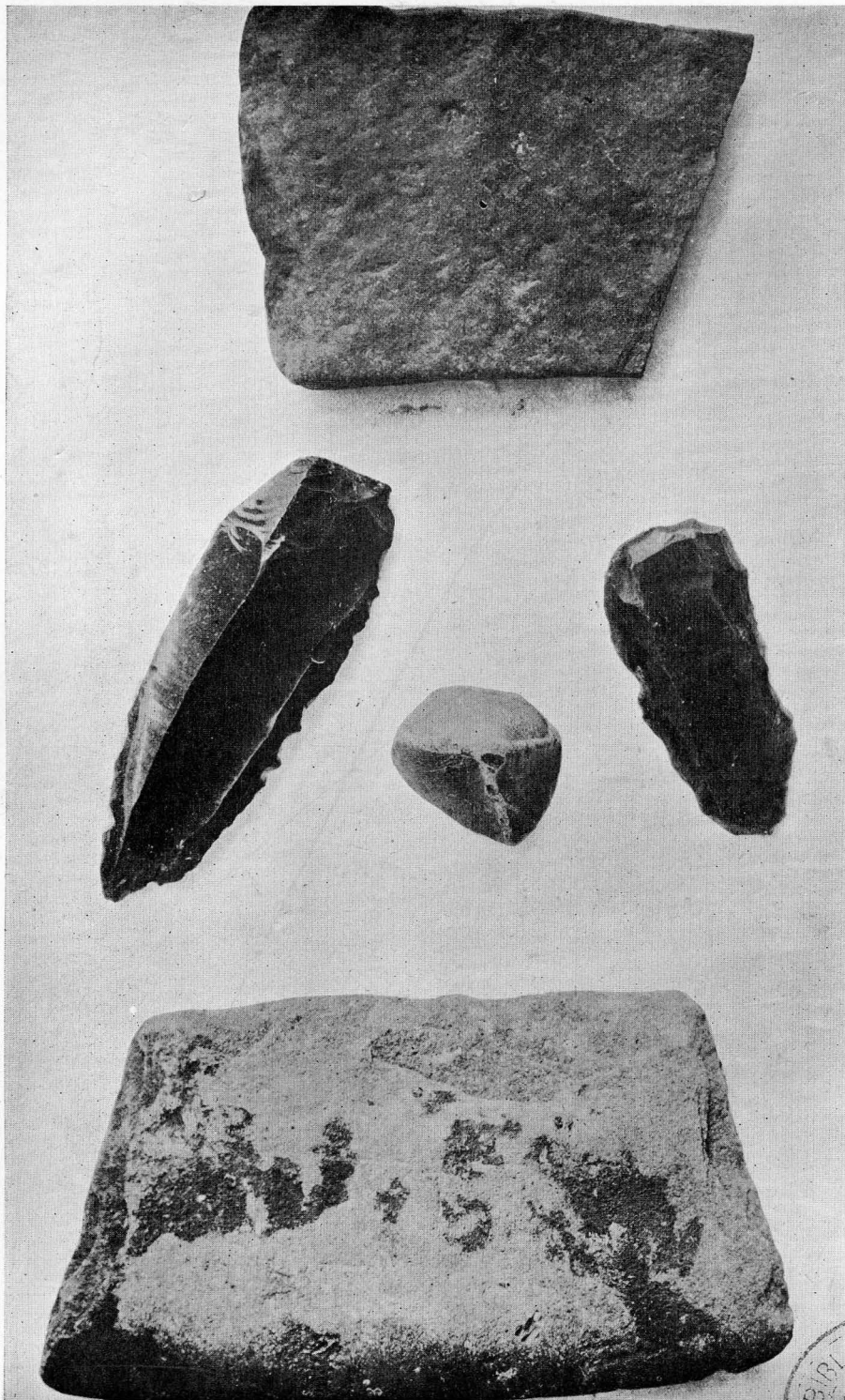




MALACATES DE BARRO ENCONTRADOS EN CLAVERIA, TACUBA, D. F.



MUSEO NACIONAL DE ETNOLOGIA Y FOLKLORE  
CIUDAD DE MEXICO



HACHAS DE PIEDRA Y PUNTAS DE OBSIDIANA ENCONTRADAS EN CLAVERIA, TACUBA, D. F.







GRUPO N.º 8.—Restos animales y vegetales: vértebra humana, quijada de coyote, trozos de madera y de maguey.

GRUPO N.º 9.—Asas de recipientes, dos de las cuales ostentan labrados.

En estos ejemplares se notan las características de la cultura nahoatlaca primitiva (armas de piedra, motivos de arte elemental, cerámica primitiva, etc., etc.), influida por el espíritu post-tolteco-aculhua, que no sólo le hizo abrazar sus creencias míticas y esculpir los personajes de su olimpo, sino le impuso hasta los más nimios detalles de su portentosa civilización. Esto indica que el pueblo de que fueron tales vestigios, existió en el «*tepaneca-tlalli*,» cuando ya los súbditos de *Quetzalcoatl* esfumaban su personalidad en las páginas de la historia.

No hay datos que permitan suponer que los tolteca ocuparon alguna vez aquel territorio. En cambio, la nación aculhua sí plantó allí sus pendones desde remotos tiempos, pues no cabe imaginar el que hubiera desdeñado cultivar tan fértiles tierras, que eran el florón más precioso del Imperio.

Caseríos chichimecas fueron los primeros poblados, y dieron nombre á varios lugares, siendo el principal *Atzcapotzalco*, que ya existía cuando el príncipe ó caudillo *Aculhua 1.º* obtuvo del monarca *Xólotl* carta de ciudadanía y dominio señorial sobre las tierras que circundaban á dicha población. Aun no se sabe á ciencia cierta si la familia tepaneca llegó acaudillada por *Aculhua 1.º*, ó con posterioridad se refugió en *Atzcapotzalco*, sujetándose á la soberanía de ese *teculli*. Queda sí aceptado que el origen de la noble ciudad se remonta á la época del primer florecimiento chichimeca, alcanzando después un progresivo é ilimitado desarrollo (la expansión de la ciudad era más fácil y rápida que la de México, pues se verificaba en terreno firme y plano, en tanto que la cimentación sobre pantanos era tarea laboriosa en esta última) hasta llegar á ser, en tiempo que sujetó á *Aculhuacan*, la primera y maravillosa capital del Anáhuac. Extendiéndose al N. y al P. de ella lomeríos poco adecuados para la construcción, y al O. las aguas del lago, forzosamente debió prolongar su población hacia el S., ó sea hacia Tacuba. Esta población, de origen idéntico al de *Atzcapotzalco*, debió seguir, aunque en menor escala, un proceso de expansión semejante al de *Atzcapotzalco*, que tendía, por razones naturales, hacia el N. y algo hacia el NO.

Después de la derrota de *Maxtla* por mexicanos y aculhuas, la residencia del *teculli* tepaneca se trasladó á Tacuba; esta ciudad debió adquirir gran importancia, extendiéndose aún más sus lími-

tes, que probablemente se confundieron con los de Atzacapotzalco (hay que notar que á igualdad de población, las villas indígenas eran más grandes que las nuestras, pues cada habitación estaba enclavada en el centro de un solar, donde eran cultivadas legumbres, flores, etc., etc.).

En cuanto al manto arenoso tantas veces citado, me permito opinar que no es lecho antiguo del lago, cuando menos en la parte correspondiente al subsuelo de Atzacapotzalco y Tacuba, puesto que dichas ciudades nunca fueron lacustres en su larga historia.

Más justificado sería atribuir el origen del lecho á las frecuentes avenidas de los torrentes vecinos, como los de Los Remedios, Consulado, Cuautitlan, etc., etc., que hasta la fecha inundan, en ocasiones, los terrenos del P. de la Capital.


Resumiendo lo anterior, creo que las ciudades de Atzacapotzalco y Tacuba, separadas en un principio (primer florecimiento chichimeca, siendo *Xólotl* monarca), fueron paulatinamente extendiéndose, la primera hacia el S., la segunda hacia el N., hasta confundir sus suburbios y formar en realidad un extenso y largo poblado, que tenía por cuarteles principales los antiguos núcleos de las primitivas ciudades.

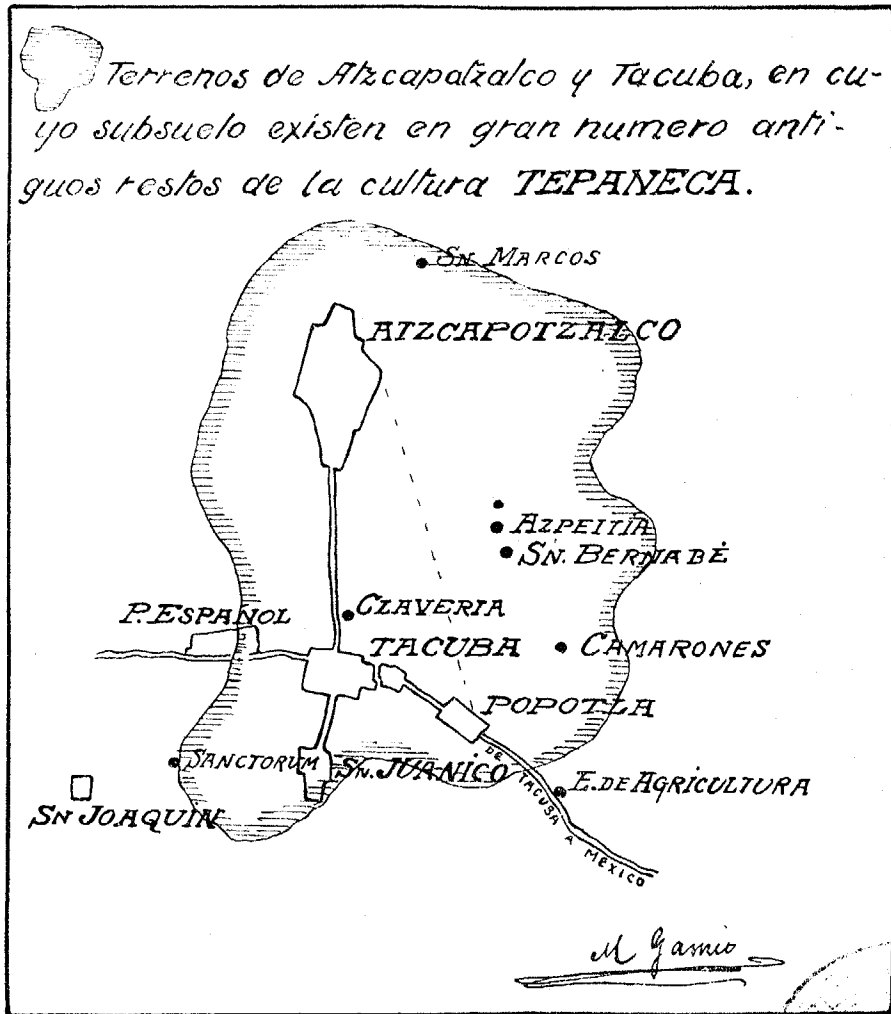
*Algunas aclaraciones referentes al itinerario que siguió Hernán Cortés en su retirada de Tacuba al lugar donde hoy existe el Santuario de Los Remedios.*

En la Historia de la Conquista hay un pasaje que ha quedado por esclarecer en los comentarios que se han hecho hasta hoy á los preciosos relatos de sus dos grandes actores é historiógrafos: Cortés y Bernal Díaz.

Me refiero á la interpretación que se ha dado á sus palabras en lo relativo á la desastrosa retirada de las huestes españolas entre Tacuba y el Santuario de Los Remedios. Se impone también rectificar la omisión cometida al no citar la villa de Tlalnepantla (Teocalhuican de los otomíes), como aposento donde se albergaron aquéllos, temporalmente, al retirarse de Los Remedios.

Numerosas y muy doctas plumas han referido la epopeya que tuvo su período álgido en la noche de sangre del 30 de junio de 1530; mas creo acertado referirme sólo á Cortés y del Castillo, ya que fueron actores de sus relatos y que los hechos que refieren ambos son indiferentes á su amor propio de guerreros, circunstancia única que podía orillarlos á desvirtuar ú omitir.


 Terrenos de Atzacapotzalco y Tacuba, en cuyo subsuelo existen en gran numero antiguos restos de la cultura TEPANECA.



4163





Cortés, en su carta II, relata así el mencionado pasaje:

«Y llegado á la dicha ciudad de Tacuba (día 1.º de julio de 1520),<sup>1</sup> hallé toda la gente remolinada en una plaza, que no sabían dónde ir; á los cuales yo di priesa que saliesen al campo antes que se recreciese más gente en la dicha ciudad y tomasen las azoteas, porque nos harían desde ellas mucho daño. E los que llevaban la delantera dijeron que no sabían por dónde habían de salir, y yo los hice quedar en la rezaga, y tomé la delantera hasta los sacar fuera de la dicha ciudad, y esperé en unas labranzas; y cuando llegó la rezaga supe que habían recibido algún daño, y que habían muerto algunos españoles y indios, y que se quedaba por el camino mucho oro perdido, lo cual los indios cogían; y allí estuve hasta que pasó toda la gente, peleando con los indios, en tal manera, que los detuve para que los peones *tomasen un cerro donde estaba una torre y aposento fuerte*, el cual tomaron sin recibir daño alguno, porque no me partí de allí ni dejé pasar los contrarios hasta haber ellos tomado el cerro, en que Dios sabe el trabajo y fatiga que allí se recibió, porque ya no había caballo, de veinticuatro que nos habían quedado, que pudiese correr, ni caballero que pudiese alzar el brazo, ni peón sano que pudiese menearse; y llegados al dicho aposento, nos fortalecimos en él, y allí nos cercaron y *tuvieron cercados hasta la noche* sin nos dejar descansar una hora (Esta noche fué la del 1.º de julio de 1520).

«En este desbarato se halló por copia que murieron ciento y cincuenta españoles y cuarenta y cinco yeguas y caballos y más de dos mil indios que servían á los españoles, entre los cuales mataron al hijo y hijas de Mutezuma y á todos los otros señores que traíamos presos.

«Y aquella noche, á media noche, creyendo no ser sentidos, salimos del dicho aposento muy calladamente, dejando en él hechos muchos fuegos, sin saber camino ninguno ni para dónde íbamos, más de que un *indio de los de Taxcaltécal* nos guiaba, diciendo que él nos sacaría á su tierra si el camino no nos impedían; y muy cerca estaban guardas que nos sintieron, y asimismo apellidaron muchas poblaciones que había á la redonda, de las cuales se recogió mucha gente, y nos fueron siguiendo hasta el día; y ya que amanecía (día 2 de julio de 1520) cinco de caballo, que iban adelante por corredores, dieron en unos escuadrones de gente que estaban en el camino, y mataron algunos de ellos; los cuales fueron desbaratados, creyendo que iba más gente de caballo y de pie. Y porque vi que de

<sup>1</sup> He creído conveniente señalar fechas á los sucesos.

todas partes se recrecía gente de los contrarios, concerté allí la de los nuestros, y de la que había sana para algo, hice escuadrones y puse en delantera y rezaga y lados, y en medio los heridos, é asimismo repartí los de caballo; y así fuimos todo aquel día, peleando por todas partes, en tanta manera, que en toda la noche y día no anduvimos más de tres leguas. E quiso Nuestro Señor, ya que la noche sobrevenía, *mostrarnos una torre y buen aposento en un cerro, donde asimismo nos hicimos fuertes*; é por aquella noche nos dejaron, aunque casi al alba (3 de julio de 1520) hubo otro cierto rebato, sin haber de qué, más del temor que ya todos llevábamos de la multitud de la gente que á la continua nos seguía el alcance.»

En este pasaje de la carta de Cortés hay tres puntos de alta importancia que serán la esencia de los razonamientos subsecuentes.

1.º—Dirigiendo á sus soldados (el día siguiente al de la «Noche Triste,» ó sea el 1.º de julio de 1520), que salían de Tacuba sin saber qué rumbo adoptar, llegó á unas labranzas, donde esperó á los rezagados y contuvo el impulso de los indios, en tanto que «tomasen (los soldados que con él habían salido primeramente) un cerro donde estaba una torre y aposento fuerte.»

En este asilo, que fué el primer lugar donde aliviaron algo su derrota los fugitivos, permaneció Cortés hasta la media noche: «Y aquella noche, á media noche, creyendo no ser sentidos, salimos del dicho aposento. . . .»

2.º—En las primeras horas del día 2 de julio, emprendieron la retirada de ese cerro, dirigidos por un indio tlaxcalteca: «más de que un indio de los de Taxcaltécal nos guiaba, diciendo que él nos sacaría á su tierra. . . .»

Fueron tan recios los combates, que dice: «en toda la noche y día no anduvimos más de tres leguas.»

3.º—El segundo y más seguro refugio que deparó el destino á los conquistadores, y en el cual permanecieron la noche del 2 y madrugada del 3 de julio, fué aquel que Cortés señala así: «E quiso nuestro Señor, ya que la noche sobrevenía, *mostrarnos una torre y buen aposento en un cerro, donde asimismo nos hicimos fuertes. . . .*»

Bernal Díaz, sobre el mismo particular, asienta, en el capítulo CXXVIII de su historia, lo que sigue:

«. . . y diré cómo estando en Tacuba, se habían ajuntado muchos guerreros mexicanos de todos aquellos pueblos y nos mataron allí tres soldados: acordamos lo más presto que pudiésemos, salir de aquel pueblo, y con cinco indios taxcaltecas, que atinaban al

camino de Taxcala, sin ir por camino, nos guiaban con mucho concierto, hasta que llegábamlos á unas *caserías que en un cerro* estaban, y allí junto, un *cu*, su adoratorio, como fortaleza, á donde reparamos: quiero tornar á decir que seguidos que íbamos de los mexicanos y de las flechas y varas y pedradas que con sus hondas nos tiraban, y como nos cercaban, dando siempre en nosotros, es cosa de espantar, y como lo he dicho muchas veces y estoy harto de lo decir, los lectores no lo tengan por cosa de prolijidad, por causa que cada vez ó cada rato que nos apretaban y herían, y daban recia guerra, por fuerza tengo de tornar á decir de los escuadrones que nos seguían y mataban muchos de nosotros: dejémoslo ya de traer tanto á la memoria, y digamos que nos defendíamos: en aquel *cu* é fortaleza nos albergamos y . . . hicimos una iglesia, que se dice Nra. Sra. de Los Remedios.»

Teniendo en cuenta los datos señalados en el relato de Cortés y comparándolos con los que ofrece el de Bernal Díaz, se ve inmediatamente que el primero menciona con toda claridad el hecho de haberse fortificado, en esa parte de su retirada, *en dos distintos cerros coronados por torres (serían teocallis) y aposentos fuertes.*

Bernal Díaz (con él todos los autores que han hecho historia de la conquista) menciona sólo un cerro como refugio donde se aposentaron: «y con cinco indios taxcaltecas que atinaban al camino de Taxcala, . . . nos guiaban. . . hasta que llegábamlos á unas *caserías que en un cerro* estaban, y allí junto, un *cu*, su adoratorio, como fortaleza, á donde reparamos. . . » lugar que poco después identifica colocándolo donde posteriormente se levantó el Santuario de Los Remedios.

Dos cuestiones se imponen desde luego: ¿cuál de los dos *teocallis* que describe Cortés corresponde al citado por Bernal Díaz? El *teocalli* anónimo del relato cortesiano ¿cuál es? ¿en dónde está?

Intrigado por tan interesante problema histórico, emprendí el reconocimiento de los lugares que están ligados al itinerario seguido por los conquistadores, de Tacuba á Los Remedios, á fin de obtener datos reales que dieran fuerza y claridad á las informaciones de fuente histórica.

Siguiendo un orden cronológico, precisa considerar en principio la dirección que siguió Cortés al abandonar la plaza de Tacuba. Según lógicas presunciones, adoptó el rumbo del P.; en efecto, el encarnizado y constante ataque de los contrarios, debe haber hecho que su retirada de aquella plaza siguiera por natural impulso hacia el P., puesto que los grupos más numerosos y hostiles del enemigo venían (ó, al menos, era lógico que Cortés lo cre-

yese así) á la retaguardia, siguiendo la dirección de la calzada de Tenoxtitlan, es decir del O. Tal providencia era la más conveniente, dadas las circunstancias, puesto que al N. tropezarían con Atzacapotzalco, la capital tepaneca, aliada de los mexica, donde serían destrozados, en tanto que por el S. llegarían á Tacubaya y Chapultepec, puestos mexicanos. A valorizar mi aserto viene un dato muy importante: hace algunos años fué explorada concienzudamente una eminencia que se encuentra al SO. de la plaza de Tacuba y que era llamada «Cerrito de Tacuba,» habiéndose hecho buen acopio de lanzas, corazas, espadas, macanas, flechas, restos humanos, etc.; no parece aventurado suponer que ese lugar (sobre la eminencia fué construido después un hermoso *chalet*), constituyó el primer eslabón en la retirada de Tacuba, indicando el rumbo que siguió (croquis, núm. 1).

Sigamos al caudillo hacia el P.: «... tomé la delantera hasta los sacar fuera de la dicha ciudad, y esperé en unas labranzas... y allí estuve hasta que... los detuve para que los peones tomaran un cerro donde estaba una torre...» Claramente se comprende que el *teocalli* á que alude este pasaje, estaba á una distancia relativamente corta de Tacuba, puesto que Cortés, desde unas labranzas intermedias, esperaba á los rezagados y contenía al enemigo, mientras que los soldados de la avanzada asaltaban al *teocalli*.

Los comentadores de Cortés dicen unánimes que ese primer *teocalli* se erguía en el cerro donde hoy queda el Santuario de Los Remedios, y es llamado indistintamente de Moctezuma, de Totoltepec y de Otonteocalco ú Otoncapolco (debiéndole corresponder, como ya expuse, este último nombre).

Tal error histórico aparece en todas las relaciones y comentarios que se han hecho de la Conquista. En seguida expongo algunos razonamientos que creo ayudarán al esclarecimiento de ese oscuro pasaje.

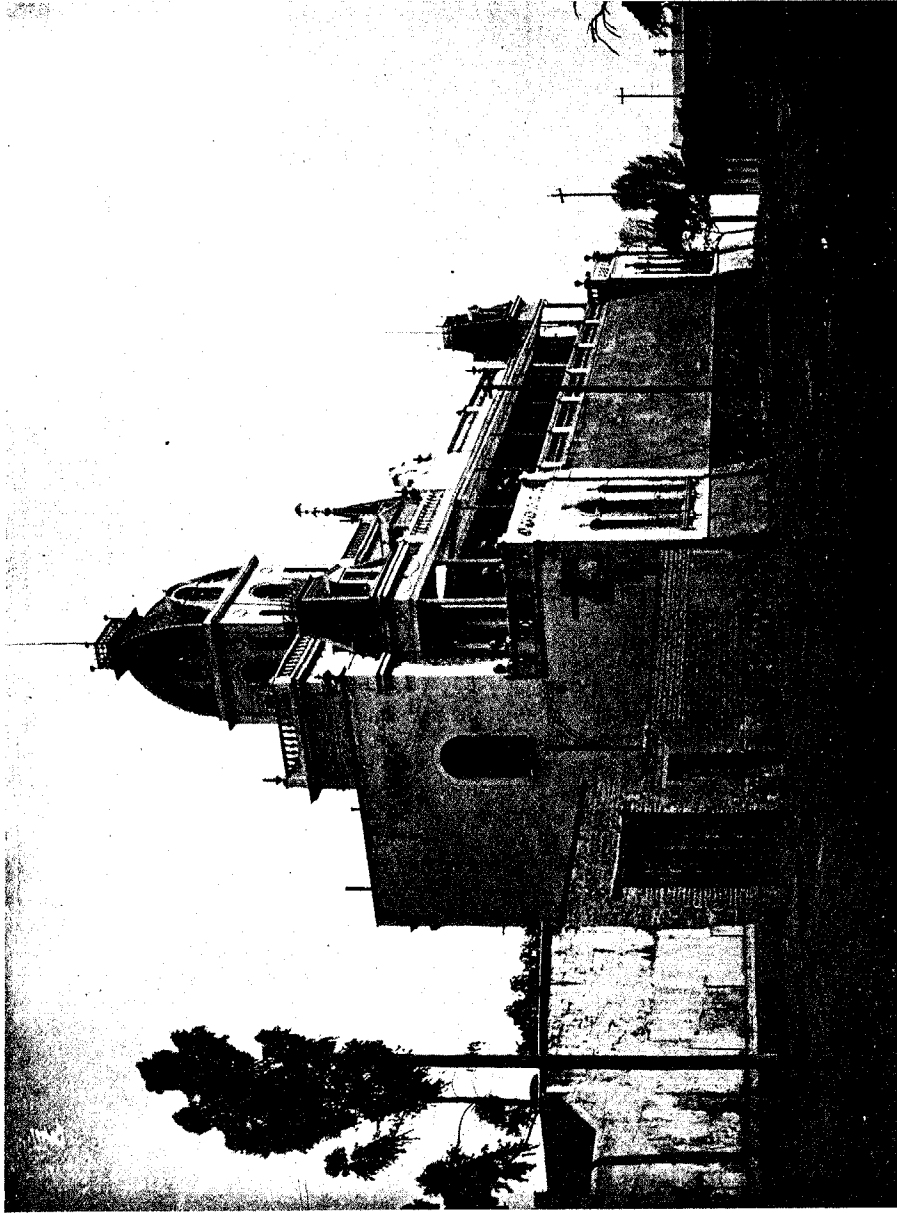
El *teocalli* mencionado en primer lugar por Cortés no fué el que estuvo en el cerro de Otoncapolco, como quedará comprobado por las siguientes consideraciones:

Cortés no menciona en su relación el Santuario de Los Remedios como sucesor del *teocalli* en la cúspide de ese primer cerro.

No lo coloca lejos de Tacuba, pues dice que sacó á los soldados de la ciudad y esperó en unas labranzas á los rezagados, ayudando indirectamente al asalto del cerro, «porque, dice, no me partí de allí ni dejé pasar los contrarios hasta haber ellos tomado el cerro.»

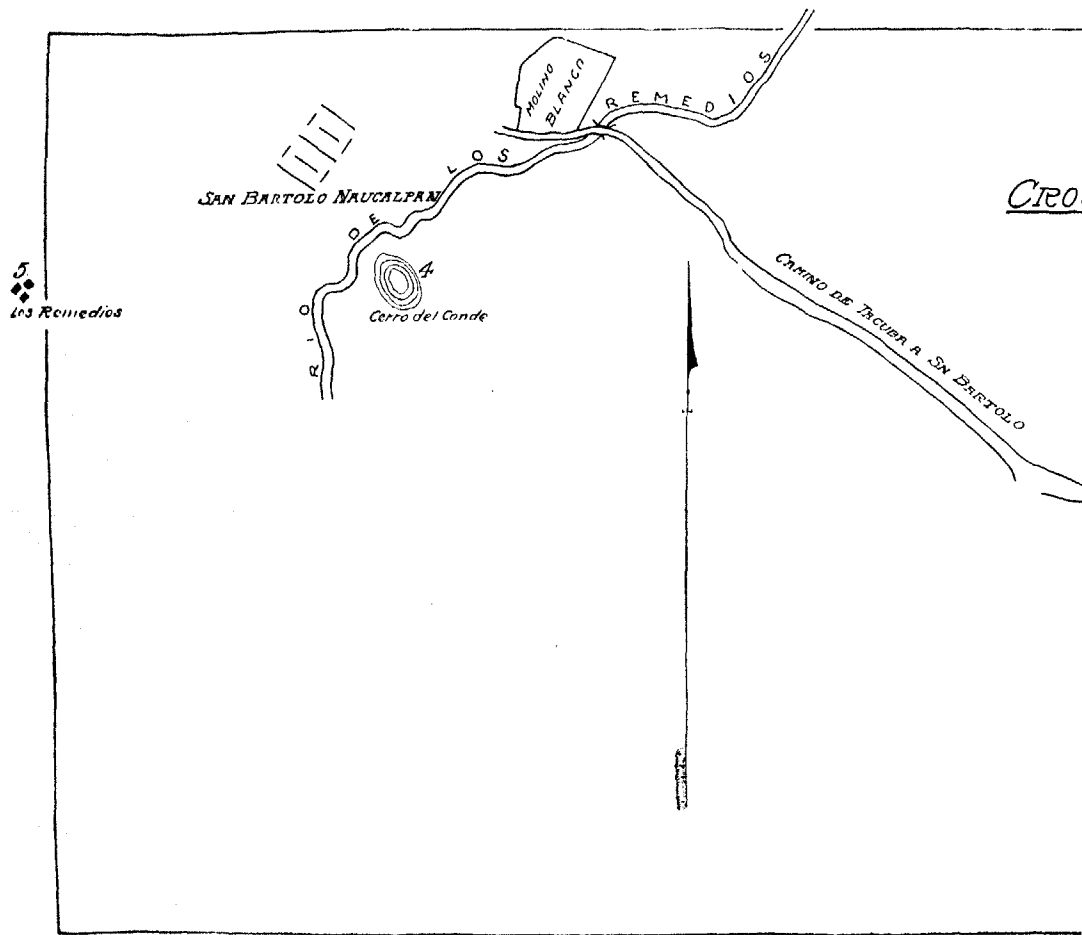
¿Cómo pudiera Cortés auxiliar á la vez á rezagados que huían de la ciudad y á asaltantes del cerro, tratándose del de Los Reme-





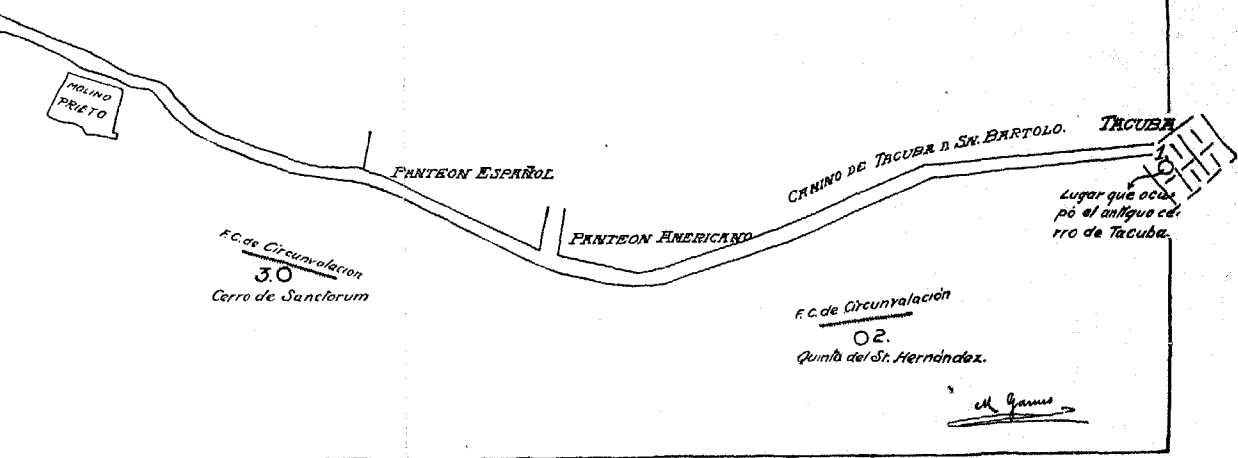
CHALET CONSTRUIDO SOBRE EL MONTICULO PRE-HISPANICO, LLAMADO «CERRITO DE TACUBA,» EN TACUBA, D. F.





1159

QUIS DE LAS EMINENCIAS ARTIFICIALES  
EXISTENTES ENTRE SN. BARTOLO Y TACUBA.





dios, que está á ocho kilómetros aproximadamente de Tacuba (croquis, núm. 5).

De las palabras de D. Hernando se desprende, como ya dijimos, que el primer cerro estaba cercano á Tacuba, pues no hace hincapié en la distancia, á la que *sí* alude al referirse al segundo *teocalli* donde se refugió, el cual estaba en el cerro de Otoncapolco: «y así fuimos . . . peleando por todas partes, en tanta manera, que . . . *no anduvimos más de tres leguas*. E quiso Nnuestro Señor . . . mostrarnos una torre y buen aposento . . .»

Bernal Díaz hace mención de los guías tlaxcaltecas que se ofrecieron á conducir á los españoles poco antes de avistarse el *teocalli* de Otoncapolco. Cortés alude al mismo incidente, después de citar al primero de los dos *teocallis*, y al dirigirse ya hacia donde estaba el segundo.

Un testimonio concluyente que confirma los razonamientos anteriores, nos lo suministra un hecho que calló tal vez el orgullo de Cortés y de Bernal Díaz, y que refiere el verídico Sahagún: cuando, afligidos y temerosos, velaban los españoles en Otoncapolco (actualmente Los Remedios), un grupo de indígenas otomés de Teocalhuican, acudió á ofrecer sus servicios á Cortés, quien los aceptó y aun les prometió rendir la próxima jornada en su pueblo de Teocalhuican ó Tlalnepantla, como lo hizo en realidad, pues sus tropas pasaron por aquel pueblo en el transcurso del día 3.

Los habitantes de Teocalhuican, tributarios de la corona azteca, no se hubieran atrevido (como de hecho no lo hicieron) á auxiliar á los españoles en un lugar tan cercano á Tacuba (que formaba parte de la triple alianza tepancco-azteca-aculhua), como estaba el primer *teocalli*, y sí lo efectuaron en el segundo, el de Los Remedios, que distaba mucho más.

La considerable distancia que media entre Tlalnepantla y Los Remedios, adicionada á la relativamente corta (dice Cortés que tres leguas) que había entre los dos *teocallis*, debieron recorrerla los españoles en una jornada, si queda en pie el error de confundir el primer *teocalli* con el segundo. El 2 de julio pernoctaron en Los Remedios, pasando el 3 por Tlalnepantla; esto demuestra claramente que el segundo *teocalli* era el de Los Remedios, y desecha toda hipótesis que tienda á dar tal indentificación al primero, pues sería tanto como revelarnos un nuevo y grandioso milagro de la Conquista: un grupo disímbolo de guerreros cansados é inválidos, continuamente asediados por el enemigo, que salvara decenas de kilómetros en el espacio de un día.

Por último, demos una ojeada retrospectiva para conocer el

empleo que de las noches del 2 de julio al 30 de junio hizo Cortés: día 3 de julio recibe hospitalidad de los otomíes en Teocalhuican ó Tlalnepantla. Noche del 2 de julio y madrugada del 3, se aposenta en Otoncapolco (Los Remedios). Noche del 30 de junio, «Noche Triste,» entre México y Popotla. Ahora bien, la noche del 1.º de julio, ¿no abrigó á Cortés con sus sombras? Si la hubiera pasado en plena retirada, ¿no lo diría, como lo hace al referirse á la «Noche Triste»? Afirma concisamente en su relación que desde el atardecer (de un día cuya fecha no menciona, pero que es inconcusamente el 1.º de julio) hasta la media noche permaneció fortificado en un *teocalli*, que debía estar cercano á Tacuba, pues se sobreentiende por la relación de Cortés que desde las «labranzas» inmediatas á dicha villa observó el asalto á la eminencia, en tanto llegaban los rezagados.

Creo suficientemente demostrado que el *teocalli* á que aluden Bernal Díaz é historiógrafos posteriores, corresponde al segundo de los mencionados por Cortés, debiendo referirse, por tanto, la nota que sitúa en Los Remedios al último y no al primero.

En cuanto á la segunda parte, que consiste en identificar el primer *teocalli* donde Cortés hizo la primer escala desde su salida de Tenoxtitlan, voy á suministrar datos para indentificar la pirámide ó montecillo artificial que debió sustentar entonces aquel *teocalli*. Para ello me permitiré indicar el itinerario que en mi opinión siguió Cortés hasta Los Remedios.

Por las razones expuestas en otro lugar, dije que D. Hernando salió de Tacuba (croquis) por el P., temeroso de marchar por los caminos reales, que dificultaban las maniobras de la caballería y debían ser muy concurridos en esos días de revolución para el Anahuac, y que desvió su retirada un poco hacia el S. del camino que comunicaba á San Bartolo Naucalpan con Tacuba, como lo atestiguan los vestigios (lanzas, corazas, flechas, arcos) de los sangrientos combates que sostuvo en las inmediaciones del «Cerrito de Tacuba» ya mencionado (croquis, núm. 1), que hoy está enclavado en plena villa, hacia el SO.; allí es probable que haya existido el *teocalli* principal de Tacuba, y desde el cual pudieron hacer los indios gran mortandad á los fugitivos, siendo tal vez esa parte de la refriega aquella á que alude Cortés diciendo «y esperé en unas labranzas; y cuando llegó la rezaga supe que habían recibido *algún daño y que habían muerto algunos españoles y indios.*»

Llegamos á la parte más interesante de la cuestión: Cortés, inmediatamente después de reunir á los rezagados, escaló con ellos el cerro y *teocalli* que los de la avanzada hacía poco habían asal-



TORREBLANCA, QUINTA CONSTRUIDA SOBRE UN MONTICULO QUE EXISTE AL S. O. DE TACUBA, D. F.







tado. Sólo hay en ese rumbo de Tacuba una eminencia de factura indígena, pre-hispánica, que reuna para el caso las condiciones de tiempo, lugar, estructura y distancia, necesarias á la explicación satisfactoria del relato cortesiano y al cómputo preciso del tiempo que empleara desde su salida de Tacuba hasta su llegada á Los Remedios.

Este monumento, cuya altura aproximada es de 12 á 15 metros, está situado al SO. de Tacuba (croquis, núm. 2), á menos de un kilómetro de distancia é inmediato al pueblo de San Joaquín. Existe en su cúspide una construcción que pertenece, así como el monumento y el solar que lo contiene, al Sr. Lic. D. Francisco Hernández, Secretario del Gobierno del E. de Hidalgo. Un examen superficial de la eminencia revela claramente su estructura de hiladas de adobe indígena ó «*xámitl*» de los aztecas. Las lluvias lo han deslavado en algunas partes; no obstante, se reconoce su estructura piramidal, así como la perfecta orientación tan frecuente en los monumentos pre-hispánicos. Vulgarmente se conoce esta construcción con el nombre de «Torreblanca.»

En esta eminencia, cuyas condiciones de identidad he repetido numerosas veces, se irguió el «*aposeno*» que menciona Cortés (pues la torre á que alude debe haber sido probablemente el basamento de aquél, que era el *teocalli*) y en el que resistió el empuje del enemigo desde la tarde del 1.º de julio hasta las primeras horas del 2, en que lo abandonó sigilosamente, dejando prendidas grandes fogatas.

Vagaban desorientados en su fuga los españoles, cuando algunos indígenas, de los aliados tlaxcaltecas, se ofrecieron, según Cortés y Bernal Díaz, á encaminarlos, por senderos poco frecuentados, á terrenos de la República Tlaxcalteca.

Probable es que los guías indicaran una dirección paralela á la del camino que une á Tacuba con San Bartolo y Los Remedios, pues así evitaban, dejándolos hacia el S. y SO., los caseríos de indígenas hostiles, que existieron donde hoy se encuentran los pueblos de San Joaquín, San Juanico y Sanctórum, y á los que se refiere el caudillo extremeño diciendo: «que él nos sacaría (el guía tlaxcalteca) á su tierra. . . . y muy cerca estaban guardas que nos sintieron, y asimismo apellidaron muchas poblaciones que había á la redonda. . . .» Debieron entonces tropezar con otro monumento pre-hispánico que existe al NO. del pueblo de Sanctórum, ó al menos avistarlo, por ser la eminencia dominante en esos lugares (¿Este monumento fué *teocalli*, fuerte ó túmulo, ó más bien observatorio, idéntico á los que sabemos eran construídos en las goteras de

los poblados, y desde las cimas de los cuales espían centinelas ó guardias? La exploración y descripción particular que de él hice, aparecen al principio de este estudio) (croquis, núm. 3).

Siguiendo su retirada hacia el P., se ve obligado Cortés á organizar escuadrones por la constancia y ensañamiento del ataque enemigo, que sólo le permitió adelantar en ese día tres leguas (distancia hipotética que debe haber exagerado la mente de Cortés, por la espantosa brega que mantuvo ese día) y llegar al segundo *teocalli*: «en toda la noche y día (es decir, desde la madrugada del 2 de julio hasta el atardecer del mismo día) no anduvimos más de tres leguas. E quiso Nuestro señor, ya que la noche sobreviniera, mostrarnos una torre y buen aposento en un cerro . . . é por aquella noche nos dejaron, aunque casi al alba (del día 3 de julio) hubo otro cierto rebato . . . »

Bernal Díaz es más explícito en la descripción del lugar donde estaba dicho segundo *teocalli*: «hasta que llegáramos á unas caserías que en un cerro estaban y allí junto un cu, su adoratorio, como fortaleza, adonde reparamos . . . y digamos cómo nos defendíamos en aquel cu é fortaleza . . . y en aquel cu y adoratorio, después de ganada la gran ciudad de México, hicimos una iglesia que se dice Nra. Sra. de Los Remedios . . . » (croquis, núm. 5).

En esta parte del itinerario ocurre una duda: al pie de la colina de Totoltepec ó Moctezuma (en cuya cima está el santuario de Los Remedios) y hacia el O., por donde venían los castellanos, se extiende la población de San Bartolo Naucalpan (del mexicano *nahui*, cuatro; *calli*, casa; y *pan*, lugar de, sobre, en: «Lugar de las cuatro casas»), tributaria de la monarquía azteca y relativamente importante, pues en su parte SO. aun existe un montículo artificial denominado «Cerro del Conde,» que tal vez fué observatorio, tal vez pirámide, que sustentó el *teocalli* principal de la población (ya describí sumariamente este monumento al referirme en otro lugar al de Sanctórum).

¿No será esta población (que, repito, está al pie de la colina de Los Remedios) aquella cuyas caserías menciona Bernal Díaz, y el «Cerro del Conde,» el basamento del *teocalli*, donde, según Bernal y Cortés, se aposentaron la noche del 2 de julio? La cúspide de la colina llamada Otonteocalco por el autorizado Sahagún, si albergaba algún poblado, era de mucho menor importancia que Naucalpan, pues el terreno es muy quebrado é impropio para asiento de una ciudad, no existiendo allí, por otra parte, vestigios que, como los del monumento del Conde, nos muestren la categoría del lugar.

Aquí debiera terminarse mi estudio en lo referente al itinerario

de Cortés; pero me creo obligado á continuarlo algo más, por ser oportuno indentificar la villa de Tlalnepantla, como la población donde fueron albergados los españoles en la noche del día 3 de julio.

El itinerario que siguió Cortés durante el día 3 de julio, lo refiere la historia con relativa claridad; acepto á ese respecto la opinión de Sahagún, quien asevera que, aprovechando el Capitán español la buena disposición que habían mostrado los indios procedentes de Teocalhuican, se dirigió de Otoncapolco á ese pueblo, encontrándose á su paso con Acueco, Palacoayan, Atizapan (donde hoy se encuentra el actual Atizapan de Zaragoza) y por último Teocalhuican, poblado entonces por otomíes sujetos al poderío azteca.

Teocalhuican ha sido un nombre de lugar que menciona en tal ocasión la historia; pero que había carecido de significación por ignorarse el sitio preciso que ocupó la población, hasta que una excursión verificada por el personal de la clase de Arqueología de este Museo, esclareció inesperadamente la obscuridad del punto histórico en cuestión.

En efecto, examinando el frontispicio de la iglesia parroquial de Tlalnepantla, encontramos dos lápidas que mostraban esculpidos el nombre Teocalhuican y su escudo, consistente en varios símbolos del «*calli*,» casa, bajo los cuales se distinguían otros tantos signos numerales. Los mismos símbolos aparecen esculpidos en la superficie de un «*cuahuxicalli*,» que hace veces de pila en el bautisterio.

La colocación de esas lápidas (que conmemoraban un nombre gentil) en sitio tan honorífico del cristiano templo (en el frontispicio, sobre la puerta principal), es sólo explicable como muestra de gratitud de los conquistadores hacia el pueblo que les impartió precioso auxilio en Totoltepec, durante la fatal noche del 2 de julio, y les brindó franco hospedaje el día 3.

Poca importancia habíamos dado á nuestro hallazgo, hasta que al emprender este estudio lo recordé y procedí á hacer una justa identificación, que reviste de gran interés histórico á la olvidada villa de Tlalnepantla.

Terminado este estudio, debo advertir que distintas circunstancias me impidieron documentarlo convenientemente. Cuando pueda publicar un opúsculo que estoy haciendo sobre el itinerario seguido por los españoles en su retirada de Tenoxtitlan, agregaré amplia documentación, rectificando ó ratificando los conceptos aquí expuestos.

